



VESPER

Columna invitada

Mtro. Miguel Ángel Garay Núñez



Licenciado y Maestro en Derecho por la UNAM, con especialización en Derecho Constitucional y Estudios de Género. Diplomado en “Igualdad de Género, Políticas Públicas, Legislación y Liderazgo” por el ITAM. Ha colaborado en la elaboración de los textos “Legislar con Perspectiva de Género”, “Inducción al Trabajo Legislativo con Perspectiva de Género”, y “Agendas Legislativas en materia de igualdad de Género”, editados por la Cámara de Diputados.

Otro modo de ser: construyendo masculinidades positivas

En exactamente seis meses se cumplirá medio siglo desde que Rosario Castellanos, referente del feminismo latinoamericano, pronunciará su célebre discurso “La abnegación: una virtud loca” en el Museo Nacional de Antropología, con motivo del Día de la Mujer Mexicana el 15 de febrero de 1971. Su disertación cimbró a quienes se encontraban presentes en el acto solemne, encabezado por el



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXXV LEGISLATURA

CELIG
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA
IGUALDAD DE GÉNERO

Columna invitada

Presidente de la República en turno, y la prensa hizo eco de su denuncia sobre la desigualdad padecida por las mujeres mexicanas y la importancia de reconocer su aportación en todas las esferas públicas del país de donde, mayormente, permanecían invisibilizadas. De las magníficas reflexiones que hizo Rosario ese día, citaré textualmente su observación sobre uno de los objetivos del movimiento feminista: “El primer argumento que acude a los labios de las feministas más airadas que reflexivas, al comparar su situación propia con la del hombre, es la exigencia de la igualdad. Una exigencia que, en tanto metafísica, lógica y prácticamente imposible de satisfacer, proporciona un punto de partida falso y arrastra consigo una serie de consecuencias indeseables, además de que, en última instancia, no es más que un reconocimiento del modelo de vida y de acción masculinos, como los únicos factibles, como la meta que es necesaria alcanzar a toda costa”.

Esta observación, aunada a las precisiones posteriores en su argumentación, nos aclara la importancia de construir una igualdad entre mujeres y hombres que implique reformar el fondo del problema, es decir, erradicar la postulación de que existe una masculinidad hegemónica, esa en la que, desde tiempos memorables, nos han dicho que los hombres somos el sexo fuerte, los proveedores y protectores, y nos los repiten desde el día que nacemos: los hombres no lloran, y si te caes, aguántate como los machos. Y así, con ese ideal del ser hombre, se construyó el mundo, se redactaron las leyes, se formalizaron las instituciones, se difundió la cultura. La jurista y activista feminista estadounidense Catharine MacKinnon ha señalado repetidamente que el Estado es masculino y que las leyes

Columna invitada

ven y tratan a las mujeres como los hombres ven y tratan a las mujeres y, además, señala MacKinnon, el género es un sistema social que divide el poder.

Los roles de género se construyen desde el día que nacemos, y así, aprendemos a ser hombre o ser mujer según ciertas conductas que nos han impuesto y que replicamos a lo largo de la vida. Pero como acertadamente afirma la filósofa francesa Elisabeth Badinter, la masculinidad se aprende y, por lo tanto, se puede cambiar. Es así que desde hace algunas décadas los hombres nos hemos involucrado más activamente en la construcción de una igualdad real, de una sociedad en la que las demandas del movimiento feminista, de los diversos feminismos, sean concretadas sin interferir en las causas que viven en su persona solo las mujeres, y donde los hombres nos cuestionemos sobre los atributos que hemos aprendido a lo largo de la vida y que, para la gran mayoría, no son satisfactorios, porque si bien se ha señalado que existe una construcción masculina de la estructura social, ésta ha dejado fuera de su órbita a los hombres de cierta raza, de un estrato económico inferior o de una orientación sexual contraria a la que, se cree, encarna la masculinidad.

Pensemos en los hombres pertenecientes a alguna comunidad indígena, aquellos para quienes el acceso a la educación es limitado, pero que cargan sobre los hombros la responsabilidad de proveer, de “ser el hombre de la casa”, y esta presión les arrastra, generalmente, a incorporarse a las filas de la delincuencia organizada donde ganar dinero es más fácil y, por lo tanto, pueden

Columna invitada

satisfacer los postulados que les exige la masculinidad tóxica. Pero también los hombres de las grandes ciudades, pertenecientes a la clase media, no propietarios, que asumen el rol del ser hombre y se gastan la vida tratando de alcanzar cierto estatus porque el papá, el hermano, el amigo, lo lograron, y nos han dicho, los hombres tenemos que competir.

Los atributos históricamente asignados a los hombres no son negativos, el problema radica en querer encajarlos todos como la única forma de ser hombre. Las estadísticas son claras: los hombres encabezan los índices mundiales de suicidios y son más propensos a caer en adicciones, porque nos han repetido que no debemos ser sensibles y que expresar las emociones es cosa de mujeres, y ante la imposibilidad de proveer y frente a la presión de reafirmar nuestra masculinidad ante los otros hombres, buscamos la salida más fácil. Hablar de deconstrucción masculina para construir una distinta, una positiva, no es un acto momentáneo, sino que implica un cuestionamiento continuo de las conductas aprendidas y cómo las replicamos. El logro de la igualdad implica construir una sociedad distinta a esta en la que los hombres, en su mayoría, no nos sentimos plenamente realizados. Esto lo lograremos concretando relaciones igualitarias entre mujeres y hombres, en plenitud, porque ya nos los dijo la misma Rosario Castellanos en su meditación en el umbral: debe haber otro modo de ser humanos y libres. Otro modo de ser.



CÁMARA DE
DIPUTADOS
PODER LEGISLATIVO

CEIG
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA
IGUALDAD DE GÉNERO